

África vuelve a agonizar

José M.^a Margenat*

DESPUÉS de tres años de sequía, las exageraciones se hacen familiares: ocho millones de etíopes están al borde del hambre absoluta y 315.000 TM de alimentos, simplemente, han desaparecido. La hambruna amenaza a un millón de niños en Etiopía. La noticia ya no nos impresiona más que otras veces. Desde 1985 sabemos que África está condenada a la agonía. La hambruna que asoló a Etiopía en 1984 y 1985 causó un millón de muertos. África ya se ha convertido en un simple tópico para ilustrar la fractura de la solidaridad internacional. La fosa del subdesarrollo sigue aumentando y este «*acostumbramiento*» va produciendo una apatía en nuestras costumbres informativas. Sin embargo, la catástrofe del Cuerpo de África puede provocar en nosotros algunas reflexiones que siguen siendo necesarias y urgentes, aunque parezcan inoportunas.

* Doctor en Historia. Sevilla.

El contexto en que se produce la hambruna

LOS países del Este de África tienen el dudoso privilegio de poseer los niveles de PNB *per cápita* más bajos del mundo y ocupar los últimos lugares en el Índice de Desarrollo Humano (IDH), siendo el más alto el de Canadá (0,932), seguido de cerca del de España (0,894) y el más bajo Sierra Leona (0,254): Etiopía (0,298), Eritrea (0,346), Yibuti (0,412), Somalia (sin datos), Sudán (0,475) y Uganda (0,404). En total hay dieciséis millones de afectados por el hambre, en Etiopía está la mitad de ellos: unos ocho millones. En las repúblicas sub-orientales (Kenia, IDH 0,519, Tanzania, IDH 0,421) y de los grandes lagos (Ruanda, IDH, 0,379, Burundi, IDH, 0,324) hay casi tres millones y medio de personas en riesgo, y dos millones setecientas mil personas en Kenia. El resto, casi dos millones, en los otros países del Cuerno de África: Eritrea, Yibuti y Somalia. Es en estos países y en Etiopía donde la situación es más precaria. La falta de lluvias de 1998 y la prolongada sequía, en muchas partes del país, en 1999 ha aumentado la cantidad de personas dependientes. En algunos campos de desplazados, la tasa de desnutrición superior al 80 por 100 –límite a partir del cual se considera desnutrición– afecta al 27,90 por 100 de los niños, en contraposición al 9,62 por 100 de niños afectados que había en el pasado mes de diciembre, en la zona de Libaan; en la de Afdher también, el 18,5 por 100 de los niños menores de 5 años sufren asimismo una tasa de desnutrición del 80 por 100 o mayor.

Por otra parte, la guerra entre Etiopía y Eritrea ha provocado desplazamientos de población de unas 350.000 personas en las regiones fronterizas, muy afectadas por la sequía, lo que agrava la situación. Esta guerra deja como único acceso a Etiopía el puerto de Yibuti, con capacidad limitada para 100.000 TM de alimentos al mes. Las malas condiciones de las carreteras entre Yibuti y Etiopía empeoran el transporte. Las regiones más afectadas de Etiopía son las de Tigray, en el norte, y Somali, en el Este. La sequía en Etiopía está estrechamente relacionada con el fenómeno climático *Niña*, que afecta a todos los países del Cuerno de África. Especialmente en esta región es grave la situación, por la sequía prolongada desde 1996: el 95 por 100 del ganado ha muerto por falta de comida y de agua. A primeros de abril cayó algo de lluvia en las zonas más elevadas del país, con lo que algunos agricultores han empezado a plantar semilla. Existe preocupación por las consecuencias que podría tener sobre la tierra seca la llegada de fuertes lluvias, previstas para julio, justo antes de la cosecha. De todas formas, las llu-

vías caídas hasta el momento han sido muy irregulares y geográficamente dispersas. La escasez de agua es general en toda la zona y la alternativa de la excavación de pozos se ve dificultada por el hecho de que la capa friática se encuentra a unos 200 metros de profundidad. El precio del grano en el mercado ha ascendido el 75-100 por 100 sobre los dos años previos, mientras que el precio del ganado ha decrecido significativamente.

El marco geopolítico

ÁFRICA es un continente asolado por multitud de guerras olvidadas y de genocidios, sobre todo en este último lustro. En una de ellas, Etiopía contra su antigua región integrada desde antes de la II Guerra Mundial, Eritrea, lucha por algunos kilómetros de peñascos y desiertos en su frontera común. Se trata de un conflicto intermitente que se reactualiza de vez en cuando y que es usado como recurso político por ambos Estados. La guerra entre Eritrea y Etiopía condiciona, desde 1998, todas las posibles soluciones. El 4 de febrero de 1999 se reactivó el conflicto que estaba parado desde finales de 1998. Decenas de miles de eritreos fueron expulsados de Etiopía con ocasión de la guerra, en condiciones escandalosas: fueron expulsados de la Administración pública, sus bienes confiscados como compensación para la guerra. Centenares de miles de personas han sido desplazadas, y ha habido decenas de miles de muertos. Eritrea ha evolucionado alterando el equilibrio anterior, hacia posiciones proárabes (relaciones con Libia, adhesión a la Liga árabe), con el consiguiente distanciamiento de Washington y de Israel. Por otra parte Eritrea sigue apoyando las facciones antietíopes de Somalia. De hecho el Cuerno de África es una de las zonas más armadas de África. La guerra que se libra contra Eritrea desde 1998 empeora la situación y deja como única alternativa de transporte actual el puerto de Yibuti, con capacidad limitada para dar entrada a 100.000 TM al mes, según USAID. Aunque hay medios suficientes para transportar el grano que llega a Yibuti, los vehículos y los hombres son utilizados para la guerra. Etiopía concentra sus hombres (400.000 soldados, sobre una población de más de 59 millones de habitantes) y sus recursos económicos (un gasto militar de 180 millones de pesetas al día) en la guerra. Las malas condiciones de las carreteras que unen Etiopía con este puerto empeoran el transporte. Los desplazamientos provocados por la guerra elevan a cientos de miles las personas en situación de fragilidad. El crecimiento económico del país, que se esperaba de entre el 8 por 100 y el 10 por 100 para

1999, no debía verse afectado por la guerra, pues también ahí existe la desigualdad, ya que aquélla se desarrolla en las regiones más desheredadas del país. Por otra parte, por el Este, la inestabilidad del inexistente Estado de Somalia, dividido entre la antigua colonia inglesa, Somaliland, y las zonas dominadas por los señores de la guerra en el Sur, ex colonia italiana.

La pandemia del SIDA provoca 300.000 muertes al año, especialmente en los segmentos de población más productivos y, en todo caso, parece que, en los próximos años, habrá muchas más muertes por SIDA que por la sequía, por el hambre y por la guerra.

La falta de una administración eficaz es una de las causas estructurales que provocan el hambre. De hecho, a medio plazo, la urgencia mayor es la creación de una administración que pueda servir de base a una democratización real y efectiva de la vida pública. Junto a las rivalidades étnicas, a veces artificialmente fomentadas por los colonizadores europeos, otras veces ancestrales y previas al reparto europeo del territorio africano en el siglo XIX, y junto al autoritarismo y personificación del poder, unido a la falta de reconocimiento de los derechos y libertades públicas, está el hecho fundamental de la falta de cultura de la legalidad en algunos países africanos, que dificulta enormemente cualquier recepción de ayuda y puesta en marcha de proyectos propios de desarrollo. La existencia, por el contrario, de una burocracia racionalizada y eficaz, aun cuando sea a partir de las propias tradiciones antiguas burocráticas, sirve para garantizar el valor del principio del sometimiento de las administraciones públicas a la ley, que es generador de una cultura que pueda sustentar una acción eficaz de desarrollo.

El único sentido de exigir una democratización previa de los países para enviar ayuda, o de condicionar ésta a que se inicien los procesos de democratización, salvo en los casos de urgencia mayor, está en ir construyendo al mismo tiempo esa burocracia racionalizadora de la acción pública y ese *humus democrático* de la cultura de la legalidad.

Qué se está haciendo

EL *Emergency Food Security Reserve* (EFSR), organismo gubernamental regulador de los alimentos almacenados, calcula que son necesarias unas 300.000 TM de *stock* para controlar la situación, cantidad que prevé alcanzar en agosto si se mantienen las promesas hechas hasta ahora por los diferentes organismos internacionales. De momento, la cifra en *stock* está entre las 30 y las 50.000 TM, según las fuentes. Según el

Comisario europeo para el desarrollo, la UE ha de enviar 800.000 TM de alimentos. Hasta la fecha están comprometidos los siguientes envíos: el Programa Alimentario Mundial (PAM) de la ONU tiene previsto enviar 218.123 TM, los Estados Unidos 50.290 TM, Gran Bretaña 10.240 TM, Canadá 2.000 TM, Holanda 5.000 TM, Alemania 1.000 TM, y otros países cantidades más pequeñas. Del total de 458.318 TM prometidas, a primeros de abril sólo se había recibido el 3,34 por 100. La agilización de la ayuda es urgente y eso depende en buena medida de la presión de la opinión pública.

El Puerto de Yibuti espera recibir durante los meses de abril, mayo y junio un total de 400.000 TM de comida, de las cuales 130.000 servirán para rellenar el fondo de reserva del EFSR. Este fondo, sin embargo, manifiesta su preocupación porque estas toneladas sean nuevamente prestadas para proyectos de emergencia y el nivel de *stock* vuelva a quedar bajo mínimos.

La OMS busca urgentemente 6,5 millones de dólares para dar asistencia médica a 16 de las zonas más afectadas, especialmente Somali, y en los últimos días, la OMS ha repartido *kits* de emergencia sanitaria entre unas 40.000 personas, mientras que UNICEF repartió durante la semana anterior una tonelada de medicamentos de urgencia en la zona de Gode (al Este de Etiopía) vía aérea y otras 12 toneladas de productos sanitarios están en ruta hacia Gode por carretera. Por su parte, la Comisión Europea aprobó a mediados de abril 2 millones de euros para la emergencia de Etiopía, que se distribuirán a través de la Oficina de Ayuda Humanitaria de la UE, ECHO, y que permitirán al Comité Internacional de la Cruz Roja distribuir alimentos entre 4 de las zonas más afectadas del sur del país.

Las ONGS, como *OXFAM-Intermón*, intentan asegurar la supervivencia con dignidad de las personas afectadas, y para ello, asegurar un acceso al agua potable para las personas y su ganado, aportar comida adecuada para niños, forraje para los animales y asegurar la disponibilidad y el acceso a la atención médica y medicinas, así como la vacunación de las personas y animales. Por otro lado, estas ONGS consideran prioritario apoyar a las poblaciones, una vez garantizada la supervivencia, en el proceso de rehabilitación a través de su acceso al agua y a la comida y desarrollar acciones de incidencia política en temas relacionados con la situación de emergencia, especialmente sobre la gestión de la ayuda internacional.

La Comunidad Internacional parece que siempre reacciona tarde a insuficientemente. Con frecuencia las ONG son el punto de mira, para bien y para mal, de esta lenta reacción, pero no dejan de ser apenas un reflejo de nuestra sociedad, en la que se basan para llevar adelante su apoyo a las

poblaciones que sufren estas catástrofes. Por ello, la respuesta de las ONGS siempre estará condicionada por el nivel de sensibilidad, información y conocimiento que nuestra sociedad tenga sobre los problemas.

A nivel oficial los gobiernos, el nuestro también, han ido respondiendo en la medida no sólo de sus posibilidades, sino también de la presión que la sociedad ha ejercido, y así, el envío de helicópteros de rescate o de plantas potabilizadoras de agua se ha producido por voluntad política pero sobre todo por presión social. Esta presión se ha ejercido ante las autoridades, como la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), el ministro de Asuntos Exteriores y el embajador Permanente de España en la ONU.

Estas catástrofes, tanto las de origen natural como bélico, se seguirán produciendo, por desgracia, y la comunidad internacional, las comunidades políticas y las ONG, se seguirán encontrando con más y más retos encima de la mesa, tratando de paliar tanto sufrimiento. Pero si realmente queremos conseguir cambios en la forma en que se responde a estas calamidades, es preciso empezar a trabajar en algunas modificaciones importantes: es esencial seguir luchando por una política preventiva de estas catástrofes, tanto desde el punto de vista medioambiental como de reducción de la vulnerabilidad.

La causa inmediata del apocalipsis en ciernes es la sequía que azota la zona más olvidada del planeta. El calentamiento global producido por los países industrializados está acentuando la severidad y frecuencia de fenómenos climáticos extremos. Hace poco fue el diluvio en Mozambique, ahora es la sequía extrema al norte. Desde los países industrializados hemos de contribuir a reducir las emisiones de CO₂, para evitar que nuestro planeta cada vez será más vulnerable y estos fenómenos se sigan produciendo con mayor intensidad a lo largo de los próximos años.

Qué se debe hacer

HAY que establecer mecanismos ágiles no sólo de detección de situaciones de emergencia, sino de respuesta pronta y coordinada entre todos los agentes con capacidad de colaborar. Los medios de comunicación deberían tomar conciencia de su papel esencial a la hora de llamar la atención de la sociedad sobre las crisis humanitarias y renovar su compromiso ético con las víctimas no sólo haciéndose eco de las catástrofes sino denunciando las potenciales amenazas que se ciernen sobre millones de personas.

La comunidad internacional tiene que seguir invirtiendo fuertemente en programas de desarrollo, pues son éstos los programas más efectivos para la reducción de la vulnerabilidad de la población de los países del Sur.

Hay que garantizar el papel protagonista de las propias comunidades afectadas y de los gobiernos de los países donde ocurren las catástrofes; son ellos los que en primera instancia tienen mayor capacidad de respuesta y coordinación, y los que deben garantizar la continuidad de los programas de rehabilitación, una vez se retire la ayuda internacional. La implantación de una administración pública que asuma la responsabilidad de desarrollar los proyectos con honestidad y eficacia y vaya creando una cultura de la legalidad es esencial a medio plazo.

Los gobiernos de los «países ricos» deben saber responder con generosidad a las crisis humanitarias, tanto con medidas a largo plazo (la condonación de la deuda es, sin duda, una de las medidas más urgentes para muchos países) como con fondos adicionales que garanticen la adecuada respuesta en el mismo momento de la emergencia y en la fase posterior de rehabilitación, para la que normalmente no existen fondos disponibles. La condonación de la deuda o los nuevos préstamos internacionales son sólo parches benefactores, aunque necesarios. Lo que la mayoría de África necesita es una estabilidad política y una administración y cultura legal que permita un desarrollo sostenible, político y social, capaz de alumbrar gobiernos responsables y una sociedad civil. Mientras germina esa utopía, en la que también es importante la aportación de Occidente, sólo con la presión de la ONU y la colaboración de los países ricos, se pueden evitar catástrofes que permitan hablar de una financiación no dependiente a largo plazo para que no sólo haya que estar resolviendo las necesidades urgentes. Los datos son crueles: en cuarenta años la importancia de África en el comercio mundial ha pasado de ser del 6 por 100 al 2 por 100.

Es necesario establecer un mecanismo de coordinación operativo a nivel internacional de todas las agencias que intervienen en una emergencia. En el caso concreto de España, la AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional) debería retomar esta vieja asignatura pendiente y establecer un mecanismo de coordinación rápida y eficaz al que todos los agentes de cooperación puedan aportar su esfuerzo de manera eficaz.